



LECTIO DIVINA

XVII Domingo, Ciclo 'C' - Lc 11, 1-13

Juan José Bartolomé, sdb

Antes de ser maestro de oración, Jesús ha sido modelo: las ganas de orar le nacieron al discípulo, mientras veía rezar a su Señor; contemplándolo, se dio cuenta de que no sabía rezar como su Maestro. El discípulo quiso aprender a orar porque no sabía rezar como su maestro: la oración se le convirtió, pues, en asignatura libre; no era lo que Jesús le enseñaba con palabras sino con la vida. Y Jesús enseña a quien se lo pide, a quien está lo desea. Sí, antes que palabras, le dio ejemplo; pero con las palabras Jesús deja ver al discípulo lo que no pudo contemplar, mientras lo veía rezar: le da a conocer los sentimientos con los que dirigirse a Dios como Padre, e le inculca la perseverancia que se nutre de esa confianza que Dios, en cuanto Padre nuestro, nos merece.

La seguridad del discípulo no se basa en lo que se pide ni en cómo o cuándo lo hace, sino en la relación que establece con Dios cuando le reza. Quien se sabe hijo, no se sabe inoportuno, por más que importune a su Dios. Quien sabe que pide a un padre, no se preocupa por pedir bien, ni por pedir lo mejor, pues lo mejor será cuanto reciba del Dios que le es Padre. El hijo puede atreverse a pedir a su Dios hasta su propio Espíritu de Padre: ¿no seremos malos orantes sólo porque nos conformamos con menos?; ¿nos estamos siendo malos discípulos porque no nos atrevemos a sentirnos hijos de Dios, como Jesús fue y nos enseñó? Para el cristiano orar lo que Jesús enseñó es saberse lo que él se sabía, hijo de Dios, y pedir lo que no se atrevería, el Espíritu, si no hubiera sido porque Jesús así se lo enseñó.

Seguimiento

+ Evangelio de nuestro Señor Jesucristo según san Lucas 11,1-13

Un día, Jesús estaba orando en cierto lugar, y cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: “Señor, enséñanos a orar, así como Juan enseñó a sus discípulos”.

Él les dijo entonces: “Cuando oren, digan: Padre, santificado sea tu Nombre, que venga tu Reino, danos cada día nuestro pan cotidiano; perdona nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a aquellos que nos ofenden; y no nos dejes caer en la tentación”.

Jesús agregó: “Supongamos que alguno de ustedes tiene un amigo y recurre a él a medianoche, para decirle: “Amigo, préstame tres panes, porque uno de mis amigos llegó de viaje y no tengo nada que ofrecerle”, y desde adentro él le responde: “No me fastidies; ahora la puerta está cerrada, y mis hijos y yo estamos acostados. No puedo levantarme para dártelos”.

Yo les aseguro que aunque él no se levante para dárselos por ser su amigo, se levantará al menos a causa de su insistencia y le dará todo lo necesario.

También les aseguro: pidan y se les dará, busquen y encontrarán, llamen y se les abrirá. Porque el que pide, recibe; el que busca, encuentra; y al que llama, se le abrirá.

¿Hay entre ustedes algún padre que da a su hijo una serpiente cuando le pide un pescado? ¿Y si le pide un huevo, le dará un escorpión?

Si ustedes, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a aquéllos que se lo pidan!”

LEER: entender lo que dice el texto

En neto contraste con Mateo que ha introducido la oración del Padre nuestro (Mt 6,9-13) en una larga catequesis sobre la oración (Mt 6,1-15) dentro del Discurso de la montaña (Mt 5,1-7,28), Lucas prefiere crear un nuevo escenario para este decisivo acto magisterial de Jesús. Aproximándose el momento de partir de este mundo, Jesús se ha puesto en camino hacia Jerusalén (Lc 9,51-19,28). El continuo desplazamiento le ofrece la oportunidad de estrechar la convivencia con cuantos le siguen y dedicarse, con preferencia, a su ‘educación’: quiere ir ganándolos para que le acompañen en su pasión (Lc 9,22-27.44-45). Es en este contexto que Jesús se les convierte en maestro de oración.

La escena se desenvuelve en dos partes, desiguales por contenido y amplitud. Una breve noticia sitúa sin mucha precisión la enseñanza de Jesús (Lc 11,1): en algún momento, en algún lugar, camino de Jerusalén, Jesús se puso a rezar y pudo ser visto por un discípulo. Será su petición: Señor, enséñanos a orar, lo que provoque la instrucción de Jesús (Lc 11,2-13). Esta tiene dos secciones: la oración propiamente dicha (Lc 11,2-4) y una más extensa catequesis sobre la oración (Lc 11,5-13). Es curioso que la oración enseñada sea breve, cinco peticiones – no seis, como Mt 6,9-13, introducidas por una simple ‘Padre’ (Mt 6,9a: Padre nuestro), mientras la catequesis se alargue, utilizando imágenes realistas y convincentes, e insista primero en la perseverancia (Lc 11,5-8) y luego en la confianza filial (Lc 11,9-13). Da la impresión de que Jesús da más importancia a cómo orar que a qué decir.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Jesús enseña con la vida y no solo con las palabras. Su magisterio no se redujo a los discursos que pronunció; fueron sus actitudes las que hicieron para sus discípulos mejor escuela. El Maestro quiso que sus amigos fueran sus compañeros y poco a poco fueron intimando con Él más y más. No enseñaba a distancia por eso era preciso estar con Él. Quien no convivía con Jesús, no podía aprender el qué y el cómo de lo que hacía.

El evangelio nos acaba de recordar esta verdad. Un discípulo sorprendió a Jesús rezando. Todavía no les había enseñado a orar, como Juan Bautista enseñó a sus seguidores. Uno de ellos le dijo que quería aprender a hacer oración.

Esa petición fue algo insólito, no solo porque Jesús, como anota Lucas, rezaba a solas con frecuencia, sino porque el discípulo que se lo pidió, era de un pueblo de Israel, y en ellos se hacía oración. De seguro este hombre tuvo el valor de reconocer que aún, siendo israelita de nacimiento, no sabía rezar.

- **¡Qué agradecidos debemos estar con este discípulo, que arrancó del Maestro una de sus mejores lecciones! Vio rezar a su Señor, porque lo acompañaba; también aunque él no rezaba... Quien está con Jesús siente el deseo de ser como Él. ¿Nos gustaría rezar con la confianza que Jesús lo hacía?**

Tenemos la feliz oración del Padre Nuestro, que es la oración cristiana por antonomasia. Nos decimos cristianos y por ende seguidores del Maestro, pero no sabemos rezar. ¡Pidámosle que nos enseñe!

Jesús quiso enseñar a quienes lo escuchaban a hablar con Dios, que rezar es hablar con Dios, como un hijo habla con su padre; los fue llevando a reconocer que ellos eran también hijos, como Él lo es. Quería que se interesaran por lo que les enseñaba; no exigía nada previamente; pero quería que fueran haciendo la experiencia de lo que realmente era 'orar'.

- **¡Cuántos decimos no saber hacer oración! Reconocerlo no es un pretexto para no hacerla; al contrario, es una razón para motivarnos a estar con Jesús y aprender de Él lo que es y hace como hijo de Dios. Pidámosle también que nos dispongamos a aprender cuanto Él quiera enseñarnos, aunque no lo hayamos merecido ni podamos pagarle por esa oportunidad que nos brinda.**

El discípulo que pidió lecciones de oración era uno de los que tuvieron la fortuna de acompañarle, mientras Jesús oraba. Quien desee que Jesús sea su maestro de oración, ha de ser de los suyos.

- **¿Queremos que Jesús sea nuestro maestro de oración? Sigámoslo. Qué mejor motivo para quedarnos con Él toda una vida; Si somos incapaces de orar, tenemos con nosotros al Maestro que puede y quiere enseñarnos. Nuestra ignorancia en materia de oración es una buena razón para seguirlo a donde vaya, como lo hicieron esos amigos.**

¿Por qué nuestra vida de oración es tan pobre? Si estamos con Él y no ponemos atención a lo que hace, no podremos comprender qué significa rezar ni cómo hacerla. .

Jesús no inició su magisterio con un discurso sobre la oración (cf. Mt 6,5-8), sino con una breve oración. Le interesaba que quienes iban con Él se sintieran hijos de Dios. Esta gran verdad se fue haciendo una enseñanza día a día. Con su oración les reveló sus sentimientos: el orante es, siempre hijo de Dios. ¿Se puede alcanzar algo mejor?

Jesús dio a su discípulo una gran lección: le enseñó a sentirse hijo. Su enseñanza no se redujo solo a palabras para Dios, sino a nuestros sentimientos hacia Él, como Padre nuestro.

- **Jesús enseñó a sus discípulos cómo hablar con Dios; haciéndolo, nos mostró que en la oración, los intereses de Dios preceden a nuestras necesidades; que hay que cuidar los asuntos del Padre. Incluso en la oración, Dios va en primer lugar. Con esta lección, Jesús nos reveló que el que ora, se reconoce su hijo y lo acepta como Padre.**

En Lucas las primeras peticiones se centran en Dios Padre: ¡se pide para él santidad, la realización de su Reino! Esta prioridad es toda una lección magistral, que pasa desapercibida lamentablemente con frecuencia. Quien quiera orar como Cristo, debe interesarse primero por Dios y por lo suyo.

Son dos las intenciones que encontramos en relación a Dios Padre: "Padre, santificado sea tu nombre, venga tu reino", mientras que para nosotros – ¡atención, no pedimos solo para nosotros, sino para todos, aún para los que no rezan! –: pan suficiente para poder sobrevivir cada día; perdón de los propios pecados y asistencia eficaz en la prueba.

- **¿Le pedimos a Dios que sepamos confiar más y más en su paternidad? Tenemos que estar seguros de lo que Él puede y quiere hacer por nosotros. Nos acoge siempre, aunque nos vayamos lejos; como Padre está con nosotros y no permite que caigamos en la tentación, a pesar de nuestra debilidad.**

El perdón que se pide a Dios en la oración va avalado, medido y motivado: quien desea ser perdonado por el Padre, tendrá que saber perdonar al hermano que lo haya ofendido; pedir al Padre que olvide las ofensas hechas a Él, impone saber perdonar a quienes nos hayan ofendido.

Más que una plegaria, el padrenuestro es toda una escuela de oración. En la oración de Jesús el criterio del éxito no está en conseguir lo que se pide, sino en saberse hijo de quien nos escucha.

- **Cuando rezamos podemos darnos cuenta cuántas cosas nos faltan, pero nos llena la seguridad de que Dios es nuestro Padre. ¿Hay algo mejor que podamos desear que tenerlo a Él y recibir a su Espíritu como patrimonio, para vivir el verdadero amor?**

III. ORAMOS nuestra vida desde este texto

Padre Bueno:

Ayúdanos a comprender cómo ser cada día más hijos tuyos
y más hermanos unos de otros,
a ejemplo de Jesús,
tu Hijo muy amado.

Que celebremos día a día el milagro de compartir
lo que somos y tenemos,
para amar como Él nos ama.

Que nos comprometamos con quien menos tiene.
Que demos y nos demos, para saciar el hambre
del cuerpo y del espíritu, que crece cada día más
en nuestros ambientes.

Amén.

